

La liturgia eucarística en el antiguo rito latino: entre lo popular y lo clerical

Antonio Linage Conde
Correspondiente de la Academia
de Buenas Letras de Barcelona

En el recuerdo de la entrañable Romana,
a cuyo primer Viático tuve tiempo de asistir
con candela encendida.

Pido la venia para comenzar con un recuerdo personal. Yo conocí a dom Jean Leclercq en su monasterio luxemburgués de Clervaux en 1958. Entonces estaba en la imprenta su edición crítica de las obras de san Bernardo y acababa de salir su atractivo libro *El amor a las letras y el deseo de Dios*. Me confió allí su intención para el futuro de dedicarse a la *cura animarum*, en la medida en que un monje podía hacerlo. Se trataba de la aspiración que luego, al consumarse con creces, le convirtió en un *globe trotter* a lo ancho de las siete partidas del mundo, pero siempre de monasterio en monasterio, a la caza de las experiencias nuevas de vida consagrada. Le pedí ya en esa nueva etapa una recomendación para Einsiedeln y me empezó diciendo que le quedaba demasiado cerca... Recientemente se ha publicado una parte de sus cartas –por la frecuencia de las que mandaba al abad, decía que su estabilidad en su monasterio era postal–. Solamente con sus relaciones incidentales con la aviación he podido escribir un artículo.

Así las cosas, ya en los últimos tiempos anteriores a su muerte le pedí el texto de un artículo suyo sobre liturgia, de los más tempranos, en que reivindicaba el latín de antaño como lengua a la vez popular¹ y sagrada². Me remitió sólo la fotocopia de una parte, con el detalle

1. Más a la vista que esta popularidad de la lengua litúrgica estaba la popularidad de la magnificencia de aquel rito, cuyo cotejo con las críticas de una cierta minoría sería instructivo a cual más para la historia de las mentalidades. Un ejemplo de aquel esplendor es la descripción de la misa papal en la basílica benedictina de San Pablo Extramuros de Roma, previamente dispuesta *ad hoc* (hubo competencia con San Pedro), el 29 de junio de 1867, por el centenario de la muerte de los dos apóstoles, en la crónica monasterial; texto en CRIPPA, L., «Don Bonifacio Oeslander (el cronista) OSB, padre ed educatore di monaci. Vita monastica a San Paolo di Roma nella seconda metà dell'Ottocento», en *Quaderni di Benedictina* (Roma), 2 (1993) 68-75.

2. *Langues et traductions liturgiques*, La Maison-Dieu, Centre de Pastoral Liturgique, Les Éditions du Cerf, 11; 1942.

extraño de que uno de los folios solamente tenía la mitad. Había que pensar que fue cortado expresamente después de reproducido. Yo tengo que pensar que él, a la vista de la insospechada rapidez e integralidad de los acontecimientos que sobrevinieron, estimaba muy anacrónico aquel trabajo, y del todo fuera de lugar una parte del mismo. Si le he traído aquí a colación es por esa referencia a la índole popular del latín litúrgico, que valía tanto como la de aquel rito en sí, a pesar del predominio en él de la numinosidad, con la participación meramente pasiva del pueblo, y la circunstancia de celebrarse en una lengua que no era la materna de nadie. De hecho, incluso ésta había penetrado en el folklore de nuestros países. Los ejemplos podrían ser tan variados como fáciles de acopiar, pero no constituyen mi argumento aquí. Por supuesto que éste va a ser exclusivamente histórico³, sin entrar en absoluto en juicios de valor.

Y, a pesar del título, no me voy a ocupar de la liturgia de la misa, sino de una manera mediata, cuando tenga relación con esta otra materia argumental, que va a consistir en la liturgia del sacramento de la comunión y del culto al Santísimo, desde la óptica de su entronque con la devoción popular. De manera que tampoco el amplísimo campo de ésta va a ser examinado en sí. La elección del tema se debe a habernos parecido muy adecuado para dar una idea de la compatibilidad entre una y otra esfera, a nuestro juicio más armonizada en ésta que en otras parcelas de ambas o de cada una.

El benedictino William-Bernard Ullathorne cuenta en sus memorias⁴ que, a la vuelta de su misión australiana, en un larguísimo viaje a través del Pacífico meridional, celebrando misa en una iglesia de la ciudad chilena de Concepción, conoció una costumbre que luego se enteró era propia de aquel lugar, y consistía en que, en el momento de alzar a Dios⁵, se descorría una cortina de seda colocada por encima y detrás del sagrario, dejando ver a la Virgen subiendo al cielo entre una masa de flores artificiales. Al futuro arzobispo de Birmingham no le pareció adecuada esa distracción en un momento litúrgico tan solemne, aunque otra vez, estando de oyente, el cónsul británico que tenía al la-

3. Es evidente que, a partir de la segunda mitad del siglo xx, se generalizó en los historiadores de la liturgia y los liturgistas el estudio de su materia con vistas a su reforma, en un predominio abrumador sobre su historia estricta.

4. *The Devil is a Jackass*, ed. L. Madigan: Downside Abbey 1988, pp. 225-226.

5. Véase TORRES JIMÉNEZ, R., «Devoción eucarística en el Campo de Calatrava al final de la Edad Media. Consagración y elevación», en *Memoria Ecclesiae*, 20 (2001) 293-328,

do le manifestó su admiración por la belleza de la joven que a la madre de Dios representaba. Eso era a fines del año 1840. Un ejemplo que nos lleva al terreno de nuestros propósitos aquí.

En los templos de rito latino⁶, toda la arquitectura giraba en torno al Santísimo, estando el sagrario en el centro del altar mayor. Habiendo ante todo de tenerse en cuenta esa índole materializada de cosa tangible y visible, continuamente presente, y esto es lo más esencial, que el dicho sacramento del altar tenía. Siendo por lo tanto un objeto permanente de veneración, con el despliegue correspondiente de la devoción privada⁷, que había florecido en formas variadas⁸, pero algunas muy concretadas. Recuerdo las visitas y las estaciones. Por otra parte, esa presencia sacramental estaba sujeta a ciertas exigencias, como la iluminación continua. Las ceremonias litúrgicas en su honor, a diferencia de la piedad popular, estaban determinadas y acotadas con arreglo a su propia ordenación ritual⁹. Notemos sólo anticipadamente que a veces consistían en hacer esa presencia más ostentosa y nítida, y me refiero a las exposiciones mayor y menor, en las cuales el Santísimo salía fuera del sagrario que le custodiaba ordinariamente. En cuanto a las procesiones, eran un marco en el cual, dentro del ceremonial previsto y rigurosamente exigido siempre, la devoción de los fieles podía explayarse. Salta a la vista el amplio espectro de posibilidades a su disposición. Recordemos que el desfile de la custodia al aire libre no requería ninguna actuación clerical incompatible con aquel desbordamiento fervoroso a

6. En los ritos orientales, el Santísimo sólo se tiene reservado para hacer frente a las emergencias del Viático. En los templos no resulta especialmente visible y no se le tributa ninguna reverencia particular.

7. Por resultar ajena al rito no abordamos la cuestión de la frecuencia o no de la recepción del sacramento por los fieles (radicalmente cambiada la norma por Pío X en 1904, como la edad de los mismos), aunque en cuanto a la devoción popular hay que tener muy en cuenta la llamada comunión espiritual, para quienes estaban impedidos de hacerla en la realidad.

8. Uno de tantos libros sobre el tema, el del jesuita Constantino Bayle, «El culto del Santísimo en Indias», en *Missionalia Hispanica* (Madrid) B, 4 (1951).

9. Abordado el rubricismo con una mentalidad ajena, ora racionalista ora intimista, se está incapacitado para entender las honduras a que su estima pudo llegar, sin detenerse ante las fronteras de lo patético en ciertas circunstancias; véase, por ejemplo, a propósito del mantenimiento en una situación extrema del *Directorium divini officii*, GADACZ, K., «Capucins polonais deportés en Russie et en Sibérie pour leur participation à l'insurrection de 1863», en la *Miscellanea Melchor de Pobladora*, ed. I. de Villapadierna; *Bibliotheca Seraphico-Capuccina* 24; Roma 1964, 2, p. 476.

su albedrío. Eso sí, notemos que este culto litúrgico, que de una u otra manera implicaba una mayor exteriorización del Santísimo, estaba algo restringido, teniendo una índole un tanto excepcional, como una concesión expresa de la Iglesia. Sin embargo, hay que reconocer que la iglesia tridentina, pero indiscutiblemente heredera de la medieval, mantenía una cierta obsesión por manifestar su creencia en la presencia real, a lo que había respondido la institución de la fiesta del Corpus, tema éste que no vamos a abordar. Un botón de muestra: en Sevilla se imprimió el año 1746 un libro, escrito por el jesuita Antonio de Solís, titulado de esta guisa: *El sol de la eucaristía desde el oriente de su institución hasta el cénit del debido culto que hoy tiene o historia del Santísimo Sacramento desde la última cena hasta su mayor culto en la exposición pública en los templos, solemnes fiestas y procesión triunfal el gran día del Corpus*.

Volviendo a la consideración del Santísimo continuamente reservado en las iglesias que reunían las condiciones adecuadas para ello según las normas canónicas¹⁰, pero en todo caso él, o sea, el sagrario o su lugar, como decíamos, el centro del templo, había una excepción anual, en definitiva exultante, pues precisamente se proponía conmemorar la institución de la Eucaristía. Se trataba de la reserva extraordinaria en el llamado monumento, construido *ad hoc*, quedando entonces vacío el dicho tabernáculo. Tenía lugar desde el Jueves hasta la misa llamada de presantificados del Viernes Santo, en la cual se consumía precisamente la forma reservada en el cáliz, no en el copón como en el resto del año, haciéndose solemnemente la reserva después de la procesión siguiente a la misa del primero de dichos días¹¹. Precisamente el monumento no podía erigirse en el altar mayor, sino en otro lugar del templo. Se llamaba también sepulcro, por conmemorarse en él también la muerte del Señor. Aunque más

10. Según la disciplina normal eran las catedrales y las parroquias, o equivalentes, y las casas de religiosos exentos. Para las demás, la norma era la necesidad de indulto apostólico, y la excepción la licencia del ordinario, que a veces era posible con carácter permanente y otras nada más que transitorio, licencia episcopal que era necesaria incluso para las colegiadas.

11. Los tratados ceremoniales del rito latino son muy numerosos en todas las lenguas en el siglo XIX y primera mitad del XX (dejamos aparte los anteriores, también numerosos y apenas diferenciados de aquéllos, en cuanto nuestra exposición, incluso en los detalles, versa sobre el rito latino en sus últimos tiempos); por ejemplo, el del claretiano Gregorio Martínez de Antoñana, *Manual de liturgia sagrada* (=MLS; 6.ª ed., Madrid 1943). Su índice *ad vocem* es muy esmerado. Por eso no citamos la paginación de cada apartado.

bien podemos decir que éste era su verdadero nombre, siendo corriente la palabra monumento por una mala traducción de la palabra idéntica latina, que se había empleado por esa acepción funeraria. La Congregación de Sacramentos prescribía¹² «adornarlo cuan rica y hermosamente sea posible, con flores, luces y otros adornos festivos, ninguno de luto», a pesar de dicho simbolismo sepulcral. Otra de las prohibiciones era la ornamentación con representaciones de cálices, copones o custodias. Notemos la constante de diferenciar esta reserva de la que tenía lugar el resto del año. Y, a pesar de que el Santísimo resultaba tan invisible en el monumento¹³ como corrientemente lo estaba en el sagrario, se consideraba expuesto solemnemente, por lo cual había que cumplir las exigencias en vigor para dicha exposición, tanto en cuanto a las cosas como a las personas.

Las normas de la procesión con el Santísimo desde el altar donde se había celebrado la misa del Jueves hasta el monumento¹⁴ eran en principio idénticas a las de la procesión del Corpus, aunque no se podía salir de la iglesia. Ello desde la imposición del incienso en dos incensarios y la incensación y la imposición por el diácono o un acólito del velo humeral o paño de hombros al celebrante. Para dar una idea de lo específico del ceremonial de ese día, notemos que «al llegar al altar del monumento, el clero se reparte en dos filas (dándose mutuamente la cara) y se arrodilla e inclina profundamente al paso del celebrante; los turiferraios dejan de agitar el incensario y se arrodillan a ambos lados; el celebrante y los ministros sagrados se detienen en la grada inferior, arrodillándose los dos últimos en el plano, un poco vueltos al celebrante». Ya el cáliz colocado por el diácono en el altar, «los cantores cantan arrodillados las dos últimas estrofas del *Pange lingua*, mas el responsorio *Sepulto Domino*. Al cantar el *Tantum ergo* inclinan profundamente la cabeza el celebrante y los ministros hasta el *cernui*; al *genitori* se levantan, proceden a la imposición del incienso en uno de los incensarios e inciensan, como en la reserva después de la bendición corriente con el Santísimo». Ya cerrada la urna, «arrodillados en la misma grada inferior oran todos por unos

12. MLS, n.º 740.

13. La puerta de la urna que le contenía había de ser opaca.

14. Sujeta al correspondiente ceremonial, aunque ésta resultaba simplificado, era el traslado del Santísimo de un altar a otro «por cualquier causa racional»; MLS, n.º 551: «Según costumbre laudable de las iglesias de Roma, un clérigo o acólito irá a la izquierda del sacerdote, un poco rezagado, cubriéndole con la umbela, lo que a todo trance debe procurarse cuando esté algo distante el lugar adonde se traslada».

momentos, se levantan, hincan en el plano ambas rodillas, con inclinación de cabeza y de hombros, y parten para la sacristía por el orden con que salieron de ella, pero sin cubrirse hasta estar fuera de la vista del Sacramento». Hemos transcrito estos particulares para dar una imagen de un rito que ya es historia y que la mayor parte de los fieles vivos hoy no han llegado a conocer.

Salta a la vista el propósito de exaltar la reserva del Santísimo durante esas jornadas, en principio única y con ese móvil de hacer posible la misa del día siguiente en la cual sería consumida. Tanto es así que, en cuanto a la ineludible reserva de las formas precisas para el Viático que pudiera sobrevenir perentoriamente, lo que la normativa específica pretendía era que pasase desapercibida, de forma que su presencia no hiciese sombra, nos permitimos decir, al simbolismo supremo del monumento. Llegaba a exigirse, en la medida de lo posible, que tuviese lugar fuera de la iglesia, si bien cerca de ella, hablándose, por ejemplo, de un lugar de la casa parroquial sin ningún uso doméstico o profano. Y en el supuesto, que desde luego no sería raro, de no haber otra solución, se quedaría en el mismo monumento, mas solamente hasta la misa del viernes, debiéndose entonces llevar a una capilla muy retirada del templo¹⁵. Entonces, ya no se trataba de no competir con el monumento, sino de no obstaculizar ese otro simbolismo alitúrgico llevado consigo por la memoria de la muerte del Señor antes de resucitar, litúrgicamente hasta la misa del Sábado¹⁶. Era una exigencia que no resultase asequible a la veneración de los fieles, aunque sí debía mantenerse una lámpara encendida como estaba prescrito para la reserva del resto del año¹⁷.

Ahora bien, la estricta ordenación litúrgica del monumento y la reserva del Santísimo en él tenía el doble de una adecuación pintiparada a la exuberancia de la devoción popular en torno a él. Recorde-

15. Si en alguna iglesia no se celebraba la función litúrgica del Jueves, el Santísimo podía quedarse en el copón del sagrario hasta la puesta del sol, pero luego había que proceder a su reserva en las condiciones que acabamos de exponer hasta el sábado.

16. Esa reserva para los enfermos en el triduo sacro de la semana santa nos recuerda el fenómeno ineludiblemente equivalente en las iglesias orientales.

17. Tenía que ser alimentada con cera de abejas o aceite de oliva, siendo admitidos los otros aceites vegetales, e incluso los minerales, mediante licencia del ordinario en caso de dificultades. El 13 de marzo de 1942 la Congregación de Ritos, teniendo en cuenta las consecuencias de la guerra mundial, autorizó a los ordinarios para permitir la luz eléctrica, *peculiaribus hujus belli circumstantiis sive ordinariis sive extraordinariis perdurantibus*.

mos que las visitas a los monumentos en las ciudades eran una tradición en los países católicos en la tarde del Jueves, alcanzando una relevancia social de las más intensas. Por otra parte, había monumentos que implicaban una genuina arquitectura, tal los de las catedrales de Sevilla y Toledo, a pesar de lo cual se mantuvieron después de la pérdida de rentas consiguiente a la desamortización, aunque sin poder llegar o casi a mediar el siglo xx.

Y hemos tenido que aludir a la bendición con el Santísimo antes de la reserva en el monumento del Jueves Santo. Y es que esa bendición tenía siempre lugar antes de la reserva en el sagrario. Mas a su vez la tal reserva implicaba que hubiese habido exposición, ésta consistente en hacer visible el Santísimo, ponerle de manifiesto como a veces se decía en el lenguaje coloquial; o haberle sacado en procesión o para la comunión de los enfermos.

La exposición del Santísimo era la manifestación más esplendorosa de su culto en el templo, por lo cual estaba en principio restringida, y por supuesto sujeta a las normas ceremoniales pertinentes. No podemos entrar en el casuismo al exponer la materia. Por otra parte, los interesados encontrarán fácilmente títulos abundantes en la bibliografía de la materia y muy similares entre sí, queremos decir las exposiciones de la misma con miras a la práctica durante su período de vigencia. En cambio, las históricas son muy raras, pues a ese período de la liturgia se presta escasísima atención.

La exposición podía ser privada o pública. La primera requería una causa justa, la segunda una causa grave, pero de hecho se admitía sin otro motivo que la devoción consuetudinaria, e incluso algún caso extraordinario individual¹⁸. En todo caso requería licencia del ordinario y el pago de los correspondientes derechos arancelarios, salvo en el Corpus y su octava. A este propósito recuerdo me contaron en Jerez de la Frontera que, desalojado un convento de monjas de clausura por ciertos temores durante la República, el capellán dejó el Santísimo en el armario de una casa vecina de confianza. Las dueñas de la misma, para rezar ante él, abrieron la puerta del armario. Al enterarse el capellán las hizo ver que habían puesto ilegalmente «al Señor de manifiesto». Efectivamente, la exposición privada consistía en abrir el sagrario, descorrer su cortina, y dejar visible dentro de él el copón cubierto con su velo. En la pú-

18. Nos referimos a nuestra experiencia directa en las diócesis de Segovia y Osma.

blica¹⁹, se colocaba el Santísimo en la custodia –notemos lo elocuente de la palabra germánica *Mostranz*, equivalente a nuestro sinónimo «ostensorio»– sobre el altar o en el trono. La bendición, previa inmediatamente a la reserva, clausuraba la exposición, pues unas veces la exposición tenía lugar durante la celebración toda de un acto litúrgico o devocional, por ejemplo la misa²⁰ o una novena, en cuyo caso el rito estaba sujeto a un incremento de ceremonias reverenciales –recordemos que al pasar ante el Santísimo expuesto había que hacer doble genuflexión siempre, o sea, incluso los fieles fuera de la liturgia; en la misa se multiplicaban las genuflexiones dobles o sencillas y el celebrante no podía dar la espalda a la custodia–. Otras veces, la exposición sólo duraba el tiempo de un ejercicio pío *ex profeso* para ella misma, generalmente la llamada estación mayor, que consistía en el rezo de un número determinado de padrenuestros y las correspondientes jaculatorias eucarísticas y algunos cánticos. Por eso a veces se llamaba todo ello, más que exposición, bendición.

Notemos, en cuanto a las normas que regulaban el trono donde había de colocarse la custodia, no ser ése necesario cuando el altar tenía baldaquino, pero en otro caso requiriéndose dicho baldaquino o un dosel blanco, sobre las gradas o sobre el mismo sagrario, de metal o madera dorados, y con velas a los lados, y unos corporales sin almohada en la base. Por su parte se recomendaba el mayor adorno posible del altar, pero siendo ineludibles ciertos requisitos, como el número, la calidad y la disposición de las velas²¹, a saber seis en la exposición privada, doce en la solemne –en las iglesias pobres se transigía con diez– y veinte –doce en las pobres y diez de noche– en las Cuarenta Horas; y en principio de la que llegó a llamarse cera litúrgica y de co-

19. Ésta tenía la variante llamada solemnísimas, sujeta a las normas prescritas para la Adoración Perpetua y las Cuarenta Horas. Éstas consistían en unas preces públicas y solemnes, durante tres días seguidos, y en todo caso una ininterrupción de cuarenta horas, con el Santísimo expuesto. Se regulaban por la llamada *Instrucción Clementina*, dada por Clemente XI en 1795, confirmada y completada luego por Inocencio XIII, Benedicto XIII y Clemente XII. Pero propiamente, a la reserva en una iglesia debía suceder la exposición en otra de la misma ciudad a lo largo de todo el año, y de ahí ese nombre de adoración perpetua; detalles en MLS, n.º 572-576.

20. Estaba prohibida en las de difuntos.

21. Tres a cada lado del lugar que correspondía a la cruz, las de la llamada *credenza*, que nunca debían cambiarse de la mesa o de la primera grada del altar; cuatro en línea, también a cada lado de la custodia, y dos en el plano del presbiterio a uno y otro lado de la tarima, puestas sobre los grandes candeleros; *Instrucción Clementina*, 6, cit. en MLS, n.º 57.

lor blanco²². El presbiterio, sobre todo la tarima y las gradas, habían de cubrirse con alfombras que no tuvieran representada ninguna historia profana, y habían de ponerse flores naturales o de seda. Notemos que ese veto a la imaginería profana podía a veces implicar un choque con las costumbres populares. Hace poco oímos de un conflicto reciente en la procesión del Corpus de Cuzco al inaugurarse un nuevo mandato episcopal. En cambio, en cuanto a las preces, cantadas o no, que se podían decir ante el Santísimo expuesto²³, incluso una vez comenzada la ceremonia de la bendición, había tolerancia, permitiéndose las lenguas vernáculas, salvo que se tratase de textos litúrgicos o dentro de la misa, incluso si eran ajenas a la misma²⁴.

Consistía, pues, la exposición pública en sacar el Santísimo del copón cerrado en el sagrario, ponerlo en la custodia y colocar ésta en el trono. Todo ello estaba sujeto a las minuciosas rúbricas pormenorizadas que eran la tónica de todo el rito latino, pero intensificándose la solemnidad. El color era el blanco, y el ornamento del celebrante la capa pluvial. La incensación tenía lugar una vez quedada la custodia expuesta, a saber: «El celebrante, ministros²⁵ y asistente²⁶

22. Éste era el genéricamente prescrito, salvo en las misas de difuntos, las tinieblas de semana santa y el viernes santo, aunque había opiniones que le extendían a toda la cuaresma y el adviento.

23. Se habían hecho universalmente comunes, inmediatamente antes de la reserva, aunque podían tener lugar también antes de la bendición, unas veces en lengua vernácula en reparación de la blasfemia, *bendito sea Dios* la primera, *bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos* la última.

24. Véase, por ejemplo, LÓPEZ-CALO, J., «Los motetes al Santísimo de Antonio García Valladolid, en su contexto histórico y litúrgico», en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid*, 28 (1993) 183-226. Es reveladora la frecuencia de composiciones eucarísticas que aparecen en cualesquiera selecciones de discografía sacra; así por ejemplo: «Autour d'un office du salut de Très Saint Sacrement cgez les indiens Abénakis», en el disco *Le chant de la Jerusalem des terres froides* (Les chemins du baroque; K 617 052 M7 876 000; 1995); *Música en la catedral de Pamplona, 3, siglo XIX* (Art Records, The Basque Classical Label; DL SS 398/98; Orio, s.a.), con *Bone pastor* y *O salutaris hostia* de Hilarión ESLAVA; *Musica Vasconiae. The Sampler, 2, siglo XIX, Mendea* (*ibid.*, DLSS 1120/97), con otros de Mariano García (1809-1869); *Ertizka Otxotea* (*ibid.*, Kanzuz 35 Orte, AR, DL 1125/1199), con otros *O salutaris* de Perosi y de Gunod), y hasta en la lejana Nueva Zelanda anglicana: *Cathedral Favouritesung by Christopher Bruerton* (Treehouse, 1999; T 9901), el *Ave verum corpus* de William Byrd.

25. O sea, diácono y subdiácono.

26. Éste podía ser presbítero o diácono. Pero la exposición podía tener lugar sin más que el celebrante y los acólitos.

hacen inclinación de cabeza y de hombros y se ponen de pie: el celebrante se retira un poco hacia el lado del evangelio y, algo vuelto al de la epístola, echa incienso, sin bendecirlo, en el incensario que de pie sostiene el turiferario, el diácono le sirve sin ósculos la naveta y el subdiácono eleva la fimbria derecha del pluvial. Luego se arrodillan en la misma grada inferior, el diácono entrega sin ósculo el incensario al celebrante, quien, previa inclinación de cabeza y de hombros, que también hacen los ministros, incienso el sacramento con tres golpes dobles, elevando los ministros en tanto las fimbrias del pluvial. Después, reiterada la inclinación, devuelve el incensario al diácono, y éste al turiferario.»

La bendición antecedente a la reserva que ponía fin a la exposición era una ceremonia muy popular. Consistía en el canto del *Tantum ergo*, con inclinación profunda a las palabras *veneremur cernui*, e incensación a la estrofa *genitori*, canto del versículo *panem de coelo* y la oración *Deus qui nobis*, y la bendición propiamente dicha a saber: «Vuelto el celebrante de cara al pueblo²⁷, levanta pausadamente la custodia, de modo que la hostia llegue hasta los ojos, la baja hasta debajo del pecho, vuelve a elevarla en línea recta a la altura del pecho, luego la lleva también en línea recta hacia el lado izquierdo, por fin de igual modo la vuelve hacia el derecho, y completando el círculo²⁸ se vuelve enteramente al altar por el mismo lado y la deja sobre los corporales²⁹. Mientras traza la cruz tendrá fijos los ojos en la hostia y no moverá los pies ni el cuerpo hacia los lados, fuera de cuando se vuelve al altar para completar el círculo. Durante la bendición, previa inclinación de cabeza y de hombros, los ministros sagrados elevan las fimbrias del pluvial y miran con reverencia al Sacramento.» Podía darse también la bendición en la exposición privada, cuyo ceremonial simplificado se explica por sí mismo comparativa-

27. Así siempre. Concretamente, en las iglesias de monjas en que el coro caía a uno de los lados del altar, no podía volverse a ellas, de manera que *omissa speciali ac separata monialium benedictione*, aunque hubiese costumbre inmemorial.

28. La Congregación de Ritos aprobó otra manera, consistente en volver la custodia delante del pecho antes de completar el círculo, y detenerla allí un momento como dándola a adorar al pueblo, completando después dicho círculo por el lado del evangelio.

29. No se podía mientras tanto cantar nada, pero sí hacer sonar el órgano grave y suavemente como en la elevación de la misa, y tocar la campanilla para avisar el principio de la bendición a los fieles distantes. Aunque yo he conocido la costumbre, que a los monaguillos nos complacía, de tocar la campanilla durante toda ella. Otra costumbre, ésta expresamente permitida, era incensar el turiferario durante la bendición.

mente con el anterior, teniendo en cuenta la diferencia material de que hemos dicho.

El cotejo de la regulación de la reserva habitual del Santísimo con sus esporádicas exposiciones³⁰ nos pone de relieve que cada una de dichas situaciones respondía a uno de los dos aspectos inspiradores de aquella liturgia, por otra parte muy acordes ambos, y en consecuencia su alternancia a la ambivalencia de la sensibilidad religiosa *in genere*. En cuanto la reserva encarnaba la numinosidad. Tengamos en cuenta las formas en el copón y éste cubierto con un velo, y el copón dentro del sagrario, que a su vez había de tener la puerta opaca y corrida delante una cortinilla. Mientras que la exposición aspiraba a la luminosidad máxima. Recordemos la exigencia del trono y las profusión de las luces, en aquella que nosotros hemos llamado alguna vez civilización de la cera. La índole excepcional que en principio tenía trataba de evitar la ineludible consecuencia de que *consueta vilescunt*.

Ya aludimos antes a la liturgia de la comunión fuera de la misa³¹. Desde luego que incluso los liturgistas más en sintonía con los aspectos rigurosamente rituales sostenían que el espíritu de la liturgia aconsejaba la preferencia por la comunión en la misa³². Y efectivamente, para darla fuera de ella se exigía una causa racional³³. Ahora bien, ¿acaso la inexistencia de este requisito no implicaría un tanto rizar el rizo, al no darse situaciones estridentemente caprichosas? De hecho, se estimaba causa racional la petición de los fieles³⁴. Y había

30. Hay que tener en cuenta que la exposición no dejaba de tener algún aspecto de privilegio. Por eso, cuando tendía a la permanencia, excepcionalmente, se trataba de un privilegio dentro de otro. Véase RÍOS, R., *Benedettine d'oggi*, Pontida 1955, pp. 218-228, sobre las aspiraciones de Adèle Garnier, fundadora de las Benedictinas Adoradoras, primero en Montmartre y luego en Tyburn.

31. Un botón de muestra revelador de cómo la comunión en la misa no era siempre corriente es la acepción que encontramos en la monumental obra léxica iniciada por mosén Antoni-María Alcover, a saber: «*Misa de comunión*. Aquella durante la cual se da la comunión a algunos o a la mayoría de los asistentes», B. MOLL F. de, y SANCHIS GUARNER, M., *Diccionari català-valencià-balear*, 7; Palma 1956, p. 455.

32. Aunque podía hacerse con hostias previamente consagradas y guardadas en el copón.

33. Pero no se la podía dar fuera de la misa el sacerdote a sí mismo, salvo caso de necesidad.

34. Por ejemplo, se permitía expresamente que la diese el sacerdote que volvía de celebrar en otro altar o se dirigía a él, aunque fuese con ornamentos morados. Ya sabemos que el blanco era el color eucarístico.

misas en las cuales estaba prohibido dar la comunión a éstos³⁵, salvo las consabidas razones excepcionales o de privilegio. Se trataba precisamente de las celebradas con exposición del Santísimo y de las cantadas de difuntos. El celebrante, para dar la comunión, tampoco podía ir tan lejos que perdiera de vista el altar³⁶. Los tiempos y los lugares en que se podía dar la comunión fuera de la misa eran los mismos autorizados para la celebración de ésta, salvo el Viático, si bien incluso éste sólo muy excepcionalmente se administraba de noche. No podía hacerse inmediatamente antes o después de la misa solemne, cantada o conventual, aunque fuese rezada³⁷, y el Sábado Santo únicamente se podía comulgar en la misa o inmediatamente después de ella.

La distribución de la comunión, revestido el oficiante de sobrepepliz y estola, consistía en el rezo del *confiteor* por el acólito en representación de los fieles, y por el celebrante del *Misereatur* y el *Indulgentiam* vuelto a ellos, después en la misma postura, pero ya con el copón en una mano y una sagrada forma pendiente sobre él en la otra, tres veces el *Domine non sum dignus*, a las que los comulgantes respondían con sendos golpes de pecho, y al fin la colocación de la sagrada forma en la lengua de cada fiel. Eso tanto durante la misa como fuera de ella. Pero así como en la misa se continuaba el rito de ésta sin más, fuera de ella eran precisas las ceremonias posteriores hasta dejar el Santísimo de nuevo reservado. Y la purificación del celebrante era expresa, mientras en la misa se identificaba con la de esta misma. Además, ya reservado el copón, se volvía para dar una bendición. Notemos a propósito de la purificación: «Distribuida la

35. Una situación inversa a la de la misa sin comunión de todos o de algunos de los asistentes (este último caso el común) era la llamada comunión espiritual, un acto de fervor en torno al deseo de recibirla cuando no era posible, con formularios *ad hoc* en los viejos devocionarios populares. Es curiosa la manera de llevarla a cabo en el rito caldeo, cuando los fieles no pueden comulgar en Navidad o Pascua, que es cuando acostumbran. Van entonces en ayunas a la iglesia, cogen polvo del suelo, se frotan con él la cara, comen un poco del mismo y vuelven a casa para romper el ayuno. Su ayuno eucarístico es riguroso, aunque la misa sea por la tarde, exigiéndose también la continencia sexual las dos o tres noches anteriores. Por eso ellos se escandalizan de que los sacerdotes caldeos católicos, incluso los casados, celebren a diario. Los separados lo hacen raramente, de manera que sólo en los pueblos grandes donde hay varios se dice alguna misa todos los domingos.

36. Había unas normas para la comunión de las religiosas cuando su coro estuviese distante o detrás del altar. Consistían en una cierta procesionalidad para llevar el copón y el desarrollo de la ceremonia, sustancialmente en la ventanilla.

37. Y ello aun habiendo causa racional.

comunión, vuelve el sacerdote al altar con los dedos pulgar e índice de la diestra juntos sobre la copa del copón, deja éste sobre los corporales, hinca la rodilla y entonces (no antes) comienza la antifona *O sacrum convivium* la cual prosigue con los versos y oración y la conclusión larga, mientras repasa la bandeja, echando los fragmentos en el copón, y se purifica los dedos en el vasito del agua y los enjuga con el purificador.»

Hay que notar la que podríamos decir antesala penitencial del sacramento, con la previa confesión de los pecados y las fórmulas absolutorias con las cuales respondía el celebrante, todo ello rubricado por la bendición final. Y el innegable patetismo del triple *Domine non sum dignus*. No cabe duda de que, aparte esa asociación de comunión y recuerdo de la confesión, estaba muy rubricado el aspecto sensorial. Y en cuanto a su posible asociación con la devoción popular, tengamos en cuenta le vidente individualidad implicada.

La comunión a los enfermos tenía una liturgia particular, siendo más solemne aún cuando era Viático. Pero lo predominante en uno y otro caso era la tal solemnidad, concretamente la procesionalidad de la conducción del Santísimo y la plena exteriorización de su toma del sagrario y de la vuelta al templo. Ésa era la norma ordinaria. Pero naturalmente que muchas veces concurrían las causas racionales³⁸ que la sustituían por la privacidad. En realidad, esa liturgia a la vista y espectacular, pues de veras lo era, sólo era concebible entre poblaciones católicas, y aun así apenas en las grandes ciudades. Estaban muy pasados los tiempos en que la piedad del rey Carlos III se podía manifestar acompañando un Viático encontrado de paso en su Villa y Corte y quedar acuñada para el futuro en una estampa rosada de época. Y prueba de que entraba en la mente de los legisladores la publicidad como un elemento sustantivo de su ritual era que una de las causas para llevarla en privado era precisamente, por el contrario, la falta de público, concretamente la hora muy temprana, por no poder soportar el enfermo el ayuno o situaciones equivalentes.

El oficiante iba de capa pluvial. Durante el camino, que salvo excepciones se debía hacer a pie, el acólito iba tocando la campanilla³⁹.

38. Una de ellas era el temor no infundado del enfermo o su familia a rumores o falsas interpretaciones.

39. La estampa hacía parte de la cotidianidad de nuestros pueblos. Un ejemplo literario tomado al azar: *La hija de Marte* es una novela desarrollada en Melilla, protagonizada por un levantino (el autor, Francisco Carcaño, 1886-1936, había nacido en Torrevieja). Al rememorar sus recuerdos infantiles en el pueblo natal escribe:

A este propósito ha quedado su recuerdo léxico en la Semana Santa de Zamora, que sepamos, donde se llama el barandal a quien de esa manera abre paso a los pasos en las procesiones⁴⁰. Pero originariamente, la palabra designaba al que lo hacía en el Viático. Se requerían para éste por lo menos un farol o linterna⁴¹ con su vela y cuatro velas. También se llevaba el acetre con el agua bendita. Y el Santísimo iba bajo umbela o palio. Vueltos al templo, antes de reservarse se daba una bendición con él. Antes, estando el copón en el altar, medio vuelto al pueblo, pues no había de dar la espalda a ése, el oficiante anunciaba las indulgencias que habían ganado los acompañantes, con o sin candela encendida, más los primeros y los impedidos que hubiesen mandado a otro o rezado asociándose, más aquéllos también. A la ida se rezaba el salmo *Miserere* y a la vuelta el *Laudate Dominum de coelis* y otros salmos e himnos si había tiempo. En la comunión propiamente dicha, el ritual era casi idéntico al de la dada en circunstancias normales⁴², pero con más preces⁴³. La fórmula era más breve e inmediata, *accipe frater*⁴⁴ *viaticum Jesu Christi*⁴⁵.

Teniendo en cuenta la suprema intimidad del trance del Viático, puede parecer extraña esa insistencia de la Iglesia en la solemnidad de su conducción. Ahora bien, hay que distinguir entre ésta y el ceremonial que tiene lugar en la casa del enfermo, donde la majestad litúrgica es compatible con la índole doméstica, por otra parte evidente la frase del novelista polaco Ladislao Reymont, el autor de *Los campesinos*, de regarse el bautismo con agua, el matrimonio con vodka y la extremaunción con lágrimas⁴⁶. Veámoslo así: «En la habi-

«Acompañaba con vela encendida al Santísimo siempre que salía de la iglesia para ir a casa de algún moribundo. Muchas veces fue él, quien agitaba la campanilla con que se anunciaba al vecindario el paso de su Divina Majestad por las calles, para que todos se apresurasen a encender luces en el tránsito y a postrarse de hinojos». Cap. 3: «Inicios de aclimatación»; texto tomado de la edición de la biblioteca de Melilla 1997, pp. 116-117.

40. Con más protagonismo antes de que surgieran las bandas de cornetas y tambores.

41. En previsión de que el viento apagase las demás velas; la disposición fue tomada en el Concilio Romano de 1725 por Benedicto XIII.

42. En España había unas adiciones contenidas en el *Manual Toledano*, entre ellas exhortaciones al enfermo en lengua vernácula, desde luego de innegable emotividad.

43. Si bien, salvo el *Misereatur*, podían suprimirse si había peligro inminente de muerte.

44. O *soror*.

45. Estaba prevista la administración inmediata de la extremaunción.

46. El ritual preveía que el enfermo muriese mientras era administrado, en cuyo caso el celebrante interrumpía la ceremonia procediendo a rezar el *subvenite*.

tación del enfermo, cerca y enfrente del lecho, se preparará una mesita cubierta con mantel blanco y limpio, sobre el cual se ponían dos o cuatro velas de cera, y un vasito con un poco de agua para lavarse el sacerdote las extremidades de los dedos. Se tendrá prevenido otro lienzo blanco para extenderlo sobre el lecho del enfermo al tiempo de comulgar, y además un vaso de agua bendita con hisopo si de la iglesia no se lleva acetre.»⁴⁷ «La alcoba estaba entonces como ascua de oro y llena de tibio olor a cera», escribió D. Miguel de Unamuno del Viático a Solitaña, un tendero viudo de Bilbao⁴⁸. Pero además, si nos fijamos más atentamente en el aparato de la exteriorización a la ida y a la vuelta con el Sacramento, podemos advertir que el *leit-motiv* no es la solemnidad en sí, sino la que podríamos llamar convecinalidad, parroquialidad. Tengamos también en cuenta que el único ministro ordinario del Viático, e incluso de la comunión solemne a los enfermos, era el párroco.

Así las cosas, podemos recapitular un tanto. El estado habitual del Santísimo, reservado en el sagrario, con la exigencia de una luz continua, ello a cual más discreto, con las exigencias también variadas como hemos visto del cierre, en la exhibición, pues, pero latente y escondida del misterio sacro, dejaba la puerta abierta a la devoción individual de los fieles que visitaban las iglesias. La bibliografía pía en ese acervo es inacabable. En la exposición, desde el punto de vista externo, un contraste violento con ese recato ordinario, ya hemos también subrayado cómo era posible alguna participación popular inserta en la urdimbre intocable de las rúbricas. Por otra parte, si nos fijamos exclusivamente en la ordenación ceremonial de la exposición misma, la bendición y la reserva, habremos de reconocer que resultaba de una comprensión asequible a todos los fieles seculares, incluso a quienes sin entenderlo, y eran la mayoría, cantaban el *Tantum ergo* de memoria. Era el despliegue de los fervorines, tal en el ambiente colegial de la novela de Gabriel Miró desarrollada en la ciudad episcopal de Orihuela, por otra parte en España, poco gustosa de las vísperas, a diferencia de la vecina Francia, tan densa del *Dixit Dominus Domino meo*, la bendición pintiparada para la piedad vespertina. Mientras que, en el capítulo que nos queda, el de las proce-

47. En España, el *Manual Toledano* exigía un crucifijo.

48. «De mi país», en *Obras Completas*, ed. M. García Blanco, Barcelona 1958, pp. 1, 124; «con la cabeza hundida en la almohada, lanzando con labios trémulos unos imperceptibles *ora pro nobis*», habiendo un error en la cita de esta jaculatoria, que no hace parte de ese ritual.

siones, el problema podía estar precisamente en la adecuación de una intervención popular y laical máxima, que materialmente era posible por su compatibilidad con las escasas exigencias estrictas de la liturgia al espíritu exclusivamente religioso de la fiesta.

Las procesiones más esplendorosas del Santísimo, a su vez ellas las más esplendorosas sin más en la liturgia⁴⁹, eran y son las de la fiesta del Corpus⁵⁰ y su octava⁵¹. «Oh, y qué dulce recuerdo íntimo –escribió D. Miguel de Unamuno⁵²–, qué recuerdo de vida tiene para mí esta primaveral procesión del Corpus de mi Bilbao, esta procesión que hace tantos años, tantos que no he vuelto a ver! ¡Fue en la calle de Bidebarrieta, bien lo recuerdo, fue en primavera. De los balcones llovían rosas sobre el Santísimo, y también sobre mi alma, que apenas dejaba la infancia, llovían desde el cielo rosas de primavera!» Prohibidas las procesiones sacramentales, sólo estaban los días de Jueves y Viernes Santo. Pero requerían permiso del ordinario, «por causa grave o de especial solemnidad», salvo en las Cuarenta Horas después de la misa de exposición. Además de las que no salían del recinto de la iglesia, cuando ello era costumbre o estaba concedido,

49. Recordemos su apoteosis en los congresos eucarísticos internacionales; véanse, por ejemplo, las reseña histórica del XXII Congreso Eucarístico Internacional de Madrid redactada por «La Lámpara del Santuario» (Madrid 1912) y *Bericht über den XXIII Internationalen Eucharistischen Kongress. Wien 12. bis 15. September 1912*, ed. Karl Kammel, Viena 1913. Estas convocatorias llegaron a tener significación política. Los celebrados en España resultaron un tanto conflictivos. En el de Madrid se conjugaron el anticlericalismo del Gobierno Canalejas y la intransigencia romana empeñada en deslucirlo como castigo; en el de Barcelona, la situación política y la apoteosis concordataria motivaron algunas críticas y abstenciones extranjeras, por mor entre otras cosas de la participación de los Sindicatos Verticales no admitidos en la Confederación de Sindicatos Criistianos y de las Juventudes del partido único. Al de Sevilla asistió Su Santidad el Papa, pero la etapa histórica ya no era la del esplendor ritual. Sin embargo, el himno del madrileño se hizo extraordinariamente popular, *Cantemos al amor de los amores*.

50. Acopiar citas como la que sigue sería a cual más fácil. Se trata de la canónica de Roncesvalles: «Que el día del Corpus, a los que se ocupan en poner los *Mayos* y sacar la ropa de la iglesia para la procesión, se les dé a pan y medio y pinta de vino a cada uno. Que a los dichos habitantes que se ocupan en llevar la *Venera*, se les dé a dos panes y a tres pintas de vino, y a la tarde a medio panecillo y media pinta de vino», IBARRA, J., *Historia de Roncesvalles*, Pamplona 1935, p. 731.

51. Véase, por ejemplo, ESPINOS ORLANDO, J., *La fiesta del Corpus Christi en Madrid*, Ayuntamiento de Madrid 1985; entre la identificación con la ciudad y la transfiguración de ésta, la visión de BURGOS, A., «Bula de Corpus según Sevilla», en *Artículos de lujo*, Madrid 2003, pp. 79-81; cfr., BRU VIDAL, S., *Las «Rocas» del Corpus y su refugio temporal en las Atarazanas*, Valencia 1981.

52. *Recuerdos de niñez y de mocedad*, o.c., 1, pp. 283-284.

algún domingo del mes. ¿El pórtico exterior podía o no considerarse interior del templo? El pintor segoviano Lope Tablada de Diego, en su decoración del Mesón de Cándido en Segovia, incluyó la que en el de la iglesia del Salvador de Sepúlveda tiene lugar los terceros domingos de mes, a cargo de la Cofradía del Santísimo, tras la misa llamada de Minerva⁵³.

Y paradójicamente, el ceremonial prescrito para estas procesiones, precisamente por su misma esplendorosidad innata, era muy sencillo. Por lo cual tenía en él cabida el campo sin puertas de la iniciativa individual o colectiva de los fieles. Por otra parte, siempre ha sido evidente, como recordaba el benedictino portugués Antonio Coelho en su *Curso de liturgia romana*⁵⁴, que «a pesar de la claridad de las normas litúrgicas, salta a la vista la manera diversa de organizar y disponer el personal de las procesiones⁵⁵». La toma de la custodia a la salida del templo, y su vuelta a él, bien dejándole reservado o expuesto, recordaban naturalmente muy de cerca las normas de la exposición y la reserva sin más. Pero a lo largo del trayecto, además del mantenimiento de dos incensarios que los turiferarios debían ir agitando suavemente ante el palio bajo el cual el celebrante llevaba la custodia, y de las velas y algunos faroles en astas o varas provistos de ellas, la única disposición era que el clero cantase en latín los himnos y cánticos indicados en el Ritual, concretamente el *Pange lingua*, el *Sacris solemniis* y el *Verbum supernum*. Pero los fieles podían cantar otros cánticos en lengua vulgar.

Había, eso sí, una permisión, la de detenerse la procesión en iglesias o altares dispuestos previamente para ello a lo largo del trayecto, en los cuales se entonaban cánticos y se decía la oración *Deus qui nobis*, y se incensaba, aunque no se daba la bendición, salvo en algunos de ellos y donde fuese costumbre. Pero alta a la vista que preci-

53. LINAGE CONDE, A., *Las cofradías de Sepúlveda*, Segovia 1982.

54. (3.ª ed.; Singeverga 1950) 1, 657; cfr. HAEGY-STERCKY, *Manuel de liturgie et cérémonial*, París 1935, pp. 2 y 178.

55. En plena apoteosis de la restauración benedictina, en el gran monasterio australiano de Nueva Nursia, leemos en la Crónica de la casa, correspondiente al día 23 de marzo de 1902, Domingo de Ramos: «La procesión estaba muy mal organizada, la comunidad entre el pueblo, las mujeres detrás, los niños de los colegios sin orden. Los cantores, padres Castañeras, Planas y Alcalde, estaban dentro; los hermanos fuera, contestando a su propia manera, sin ser entendidos»; apud «Chronicles of Benedictine Abbey of New Norcia, Western Australia», en *New Norcia Studies*, 10 (2002) 78.

samente esa posibilidad resultaba pintiparada para el explayarse de la devoción del pueblo. Pensemos en el amplio margen que la ornamentación llevaba consigo. De ahí que hubiera alguna preocupación eclesial por encauzar un tanto, e incluso frenar, algunos excesos que se salieran del ambiente sacro o resultaran poco adecuados para el culto sacramental. Por ejemplo, «estaba prohibido llevar reliquias, imágenes de los santos o de la Virgen, instrumentos e imágenes de la pasión y aun figuras antiguas de la eucaristía, como los panes de la proposición, así como la intervención de niños representando misterios, hechos o escenas de la vida de los santos⁵⁶», aunque los ordinarios podían autorizar que niños vestidos de ángeles echasen flores u ofrecieran incienso.

Las descripciones literarias de la liturgia no abundan mucho⁵⁷. Ello a simple vista parece contradictorio con la plena inmersión de la misma en la cotidianidad de nuestros países. Mas precisamente ahí está la explicación. Por tan corriente no parecía natural detenerse expresamente en ello, bastando con su mera mención. Es por lo que se ha señalado la merma de las descripciones de ciertas ciudades o parajes desde el advenimiento de las comunicaciones rápidas y fáciles y los viajes frecuentes.

En *La toga pretextata*⁵⁸, la novela del conflicto de la adolescencia católica, autobiográfica a la fuerza, François Mauriac describe el *día glorioso*, que no puede ser otro que el de la primera comunión, por cierto con una complacencia en las exteriorizaciones jubilosas que no resulta muy acorde a su psique, tendente a la angustia y un tanto jansenizante, sin detrimento de su devoción: «Nuestros pantalones, nuestros chalecos y nuestros brazales eran blancos, y el profesor más grosero nos hablaba súbitamente con ternura y respeto. Te vuelvo a ver, capilla de mi colegio, perfumada por demasiadas flores; os escucho de nuevo, voces de niño agudas y puras que cantaron *Tabernacle redoutable*, sollozos ahogados con pañuelos cuando el abate Maysonnave nos dirigió unas palabras cuajadas de lágrimas.» Siendo el protagonista, que como vemos habla en primera persona, uno de los tres investidos con el honor supremo de llevar el palio en la lumino-

56. Para la América virreinal, véase el citado libro de Bayle (p. 267), sobre la inútil prohibición de las danzas.

57. Hemos recogido algunos ejemplos en nuestras páginas tituladas «De la liturgia a la literatura», impresas en nuestro volumen misceláneo *Entre nubes de incienso*, Segovia 2002, pp. 67-85.

58. *Obras completas*, I, Barcelona 1953, pp. 53, 26-8; cfr. 93-94, pp. 96-99 y 63.

sa y clara procesión del Corpus: «Veía a lo lejos cómo la multitud se arrodillaba al acercarnos nosotros; a medida que avanzábamos, los rostros prosternados tocaban tierra. Las dulces voces de los sopranos cantaban sin cesar: *Lauda Sion Salvatorem*. A una señal del maestro de ceremonias, nos deteníamos. La falange de los monaguillos se volvía hacia nosotros, y con un rumor de cadenas saltaban los incensarios, inundándonos con una humareda de gloria. En torno nuestro caían, cual perfumada gloria, pétalos arrojados por manitas enguantadas.»

No solamente el prestigio de este escritor en la esfera estrictamente literaria, y ya sabemos fue laureado con el premio Nobel, sino también la irradiación de sus amistades e influencias en el terreno más noble, le daban una libertad de pluma que en ciertos órganos no resultaba muy conforme a las orientaciones en los mismos predominantes, y por cierto que eso se manifestaba en sus alusiones a la situación española de entonces. Así en *Le Figaro* y *Le Figaro littéraire*, donde tenía espacios fijos y abundantes. Recuerdo que allí, comentando los funerales del P. Claudel en Nôtre-Dame de París, celebrados en la liturgia tradicional latina todavía vigente, pero cuyo tramonto ya estaba cantado, tituló su crónica *Los funerales de un gran culto*. Y otra evocó, en vísperas de su abolición, la tan densa carga de vivencias acumuladas a través de los siglos por la fórmula de la comunión *corpus domini nostri Ihesu Christi custodiat animam tuam in vitam eternam. Amen*.

Emilio Zola es acaso el novelista que lleva a sus situaciones con más detalle las ceremonias litúrgicas. Podría pensarse que, acaso por estar apartado de la práctica religiosa, no le resultaban tan familiares. Pero nosotros pensamos que la explicación hay que buscarla sencillamente en su escrupulosidad naturalista. En *Lourdes*⁵⁹, describe la procesión de las antorchas con el canto del *Magnificat*, la bendición con el Santísimo y la comunión en la explanada a los enfermos fuera de la misa, esta última una práctica que ya dijimos hacía parte de la normalidad. Naturalmente que la liturgia en la nueva basílica de la ciudad nueva, surgida por mor de las apariciones y las peregrinaciones consiguientes⁶⁰, era

59. Ed. de París, 1954; III, 390-2, y IV, 410-2.

60. Del argumento de la novela hace parte la guerra entre el viejo y el nuevo Lourdes, en aquél la iglesia que el párroco Peyremale se empeña en construir, en éste los Padres de la Gruta. Se acusaba a éstos, al no hacer partir la procesión de la antigua iglesia del lugar, sino de la gruta misma, de no atenerse literalmente al deseo de la Virgen.

entonces suntuosa, y el novelista se esponja en tal magnificencia, por mucho que de ella estuviera apartado en su fuero interno, si es que así era, que a ese propósito no sería demasiado suspicaz sugerir acaso ciertas ambivalencias: «¡Oh, esa Basílica! ¡Cuántas ceremonias habían ya desarrollado en ella su pompa! Nunca el culto, jamás la plegaria y los cantos cesaban allí. De un extremo del año a otro, humeaba el incienso, los órganos retumbaban, las muchedumbres de rodillas rezaban con toda su alma. Eran las misas incesantes, eran las vísperas, eran las pláticas y las bendiciones, y los ejercicios a diario vueltos a empezar, y las fiestas celebradas con una magnificencia sin igual. Los aniversarios más minúsculos llegaban a pretexto para solemnidades fastuosas. Cada peregrinación había de tener su parte de deslumbramiento. A los atormentados y a los humildes llegados de lejos había que devolverlos, arrebatados, llevándose consigo la visión del paraíso entreabierto. Habían visto el lujo de Dios, y de él guardarían el éxtasis eterno. Al fondo de las pobres habitaciones desnudas, en las camillas dolorosas, en toda la cristiandad, la Basílica evocaba, con su flamear de riquezas, como un sueño de promesa y de compensación, como la fortuna misma, el tesoro de la vida futura, en la que desde luego entrarían un día los pobres, después de su larga miseria de aquí abajo»⁶¹. La inmediata descripción de la procesión es larga y difusa. Hay que tener en cuenta que siendo tales procesiones al aire libre, son las ceremonias litúrgicas más susceptibles de ocupar un amplio espacio en la pluma de los novelistas, en cuanto todo el marco es distinto, cambiante, ajeno en una buena parte a la liturgia en sí. Si bien por eso mismo no enteramente de descripciones de la liturgia pueden clasificarse, Zola comienza así: «En ese momento se propagó un tumulto, agitó las cabezas. La gente se estremecía, las caras se volvían, se alzaban. Era la procesión de las cuatro, ese día un poco retrasada, pero de la que ya asomaba la cruz, bajo un arco de la rampa monumental [...]. A la cabeza avanzaba un suizo⁶² soberbio, azul y plata, al que seguía la cruz procesional, una cruz elevada, de una irradiación de estrella. Después venían las delegaciones de las diferentes peregrinaciones, con sus pendones, los estandartes de terciopelo y de satén, bordados de metal y de sedas vivas, adornados de figuras pintadas, llevando nombres de ciudades: Versalles, Reims, Orléans, Poitiers, Toulouse. Uno, todo de blanco, de una magnífica riqueza, exhibía en letras rojas esta inscripción: Obra de los Círculos Católicos de Obreros. Enseguida empezaba el clero, doscientos o trescientos sacerdotes en

61. Traducimos de la edición de Fasquelle, París 1954, pp. 416-417; 3ª, cap. IV.

62. Pertiguero.

simple sotana, una centena en sobrepelliz, una cincuentena revestidos de casullas⁶³ de oro, parecidos a astros. Todos llevaban cirios encendidos, todos cantaban el *Laudate* (sic) *Sion Salvatorem*, a plenos pulmones. Y llegaba regiamente el palio, de seda púrpura, galonado de oro, llevado por cuatro sacerdotes que era evidente habían sido escogidos entre los más forzudos. Debajo, entre otros dos sacerdotes que le asistían, el abate Judaine llevaba el Santísimo Sacramento entre sus diez dedos apretados con fuerza, como Berthaud se lo había recomendado, y las miradas un poco inquietas que lanzaba a izquierda y derecha, a la multitud invasora, manifestaban la preocupación que tenía de llevar a buen puerto esa custodia pesada y divina, por la que ya tenía las muñecas rotas.» El caso es que al llegar a esa meta divinal... se han pasado nada menos que veintisiete páginas: «Pero el abate Judaine avanzaba, la ceremonia iba a comenzar. Los órganos retumbaron de nuevo y se entonó un cántico en tanto que, sobre el altar, el Santísimo Sacramento era como el astro rey, entre el centelleo de los corazones de oro y de plata, tan numerosos como las estrellas [...].»

La comunión fuera de la misa que se describe en esta novela, es colectiva, a los enfermos de la sala Sainte-Honorine del Hospital de Notre-Dame des Douleurs⁶⁴, mas sin tratarse de Viático: «Entró el abate Judaine, iba a empezar la comunión [...]⁶⁵. Ya el abate Judaine había puesto el copón sobre una mesita, entre dos hachones encendidos, dos estrellas tristes en la semioscuridad de la sala. Se acababa de optar por abrir de par en par las ventanas, tan insoportable había llegado a ser el olor de aquellos cuerpos que sufrían y de aquellos harapos amontonados, pero no entraba ningún aire, el patio estrecho, lleno de noche, parecía un pozo cegado. Pedro se ofreció como acólito y recitó el *Confíteor*. Luego el capellán, en alba, después de haber dicho el *Misereatur* y el *Indulgentiam*, levantó el cáliz: *He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo*⁶⁶. Todas las mujeres, que esperaban impacientemente la comunión, quebrantadas por su mal, como el moribundo espera la vida de una poción nueva, que tarda en llegar, repetían por tres veces este acto de humildad, con la boca cerrada: *Señor, yo no soy digna de que entréis en mi casa, pero decid sólo una palabra y mi alma quedará sana*. El abate Judaine había

63. Esto es un error. Serían capas pluviales.

64. Pp. 223-226; 2ª, cap. v.

65. Se intercala la petición patética de una de las enfermas de confesarse antes allí mismo. Su relación con el oficiante, que al fin accede, entra en el argumento.

66. Entre comillas en el original; las palabras latinas están, en cambio, en cursiva.

empezado a hacer la ronda de las camas lamentables, seguido de Pierre, en tanto que Madame de Jonquièrre y sor Hyacinthe les acompañaban, cada uno con un hacha en la mano. La hermana indicaba las enfermas que debían comulgar, y el sacerdote se inclinaba, y depositaba la hostia en la lengua, un poco al azar, murmurando las palabras latinas. Todas se levantaban, abiertos y relucientes los ojos grandes, en medio del desorden de la instalación demasiado apresurada. Sin embargo, hubo que despertar a dos que se habían quedado profundamente dormidas. Muchas gimoteaban sin darse cuenta, volviendo a empezar apenas haber recibido a Dios. Al fondo de la sala, seguía el ronquido de una que no se veía. Y nada resultaba más melancólico que el pequeño cortejo en aquellas semitinieblas, estrelladas por las dos manchas amarillas de los cirios.»

En *Noli me tangere*⁶⁷, el filipino José Rizal, aprovechándolo para criticar la dominación española, acentúa la visibilidad de la unión del trono y el altar en una procesión al parecer con el Santísimo, siendo evidente que a ello las procesiones en sí se prestaban cuando la representación civil era paralela a la eclesiástica: «... los que llevaban el palio eran las mismas cabezas de barangay, sudando de satisfacción al verse a la vez que de semisacristanes, cobradores de tributos, redentores de la humanidad vagabunda y pobre, y por consiguiente cristos que dan su sangre por los pecados de los otros. El coadjutor, de sobrepelliz, iba de un carro a otro llevando el incensario, con cuyo humo regalaba de tiempo en tiempo el olfato del cura, que entonces se ponía más serio aún y más grave.»

José-María Pemán⁶⁸ subrayaba con evidente razón la supremacía de esas solemnidades sobre cualesquiera otras civiles, las que entonces era corriente llamar laicas: «Estará ciego quien habiendo visto un Corpus en Granada, en Sevilla o en Toledo, no haya percibido la diferencia inconfundible e impalpable entre aquella vibración de autenticidad y belleza que recorría, bajo al luz de oro viejo del sol tamizado por los toldos, las calles fragantes de rosas y de juncias y esta fría luz sin gracia de las fiestas cívicas y oficiales. Había una luz de Corpus, había un olor de Jueves Santo, que se resisten y niegan a comparecer ante el simple llamamiento de la *Gaceta* que declara,

67. Ed. de Manila, 1961; xxix, *La mañana*.

68. *Gigantones, tarascas, seises, pertigueros y cabezudos en las fiestas populares del Corpus* («Ocho ensayos religiosos», en *Obras completas*, 3, Madrid 1949, pp. 1279-1281).

porque sí, *fiesta oficial* tal día del año, sin prestigio de siglos ni antecedentes de tradición.»

Es el argumento de un poema de Pablo García Baena⁶⁹: «Trémulas campanillas anuncian la custodia/ en suave temblor de cristal y de trigo [...]. La cera goteando marchita los bordados [...] *O salutaris hostia* cantan las colegialas bajo los blancos velos.»

Mas este espigando literario nos permite pasar de los esplendores más colosales del culto, en principio exigentes de la concurrencia de masas humanas, a la intimidad más recóndita, y no sólo por el escenario, sino por la situación anímica, de la comunión administrada a los enfermos. Si bien ésa se llevaba también procesionalmente, hasta constituir una estampa de aquella civilización tradicional. Naturalmente que ello sólo en los países católicos. Mientras que un capítulo de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, se titula *Chasco, viático, alegría interrumpida*. El Viático es el de la joven Bárbara Hujus, que en ese momento se rebela estrepitosa y estridentemente contra la muerte inmediata. El sacerdote revestido que atraviesa el pasillo del sanatorio discretamente, correspondiendo con leves reverencias al saludo respetuoso de quienes al encontrársele descubren sus cabezas, nos suena a un eco católico lejano en un ambiente distinto.

Habiendo conocido en los pueblos la solemnidad del Viático llevado procesionalmente desde la iglesia, rubricado por el ceremonial y las preces de la salida, la entrada y el trayecto, una grandeza ritual que se armonizaba en la casa del enfermo con una tremenda densidad que diríamos abrazaba el espacio la convecinalidad, la familia, la ambivalencia entre la compañía y la soledad suprema –y el tiempo– el desfile de toda la vida y también un tanto la de los espectadores, no nos extraña que ese momento haya pasado a los esvotos populares. Así, uno de la iglesia benedictina italiana de Santa María del Monte, en Cesena⁷⁰, ofertado por un tal PGR. en el año 1814. El oficiante está junto al lecho del enfermo con el hisopo en una mano y el libro ritual en otro. Lleva bonete y una estola morada sobre el traje talar. En la mesilla hay una vela de llama oscilante. En las paredes, un crucifijo, la pequeña pila del agua bendita y más estampas pías.

69. En *Poesías completas*, Madrid 1982, pp. 113-115.

70. FARANDA, F., «*Fides tua te salvum fecit*». *I dipinti votivi nel santuario di Santa Maria del Monte a Cesena*, Banca Popolare dell'Emilia Romagna, Cesena 1997, n.º 594, p. 98.

Al fondo se aparece la Virgen con el Niño, estando arrodillados mirándola y de espaldas al enfermo los miembros de la familia.

Jorge Rodenbach, el novelista melancólico definido desde el título por su novela *Brujas la muerta*⁷¹, se sirve de la liturgia y la atmósfera que la envuelve para dar un soplo místico a esa tal visión del mundo que comparten, de una u otra manera, sus personajes más característicos y las mismas ciudades, que son su pintiparado marco, entre el sentimentalismo y la sensualidad. Por ejemplo, en *El carillero*⁷², estos detalles de un Viático, a cual más distinto del anterior en la diáspora: «Fue una hora dolorosa para la vieja casa cuando penetró el sacerdote, vistiendo el roquete y la estola y provisto de una hostia en el fondo de la custodia⁷³, precedido de un monaguillo que agitaba una campanita [...]. Godeliva había dispuesto sobre una cómoda un pequeño altar, blanco *reposoir* que tenía por mantel aquel velo de encaje, todavía inconcluso, que ella misma hizo para la virgen de su calle, sin sospechar que estaba tejiendo, con los hilos de cada día, el velo de agonía de su padre. [...] Repique frágil, hisopo del sonido que roció un poco la estancia en oración.» En *La vocación*⁷⁴ nos podríamos acercar a esa lujuria litúrgica que dijo Unamuno comentando la frase de Huysmans, de ser la liturgia el lujo de Dios, en la que no podía faltar el momento de la elevación en la mi-

71. Madrid 1918; prólogo de Alberto Insúa. Naturalmente describe el beguinaje: «... las esculpidas sillas del coro, alineadas en doble fila cerca de la capilla. Todas las tocas se aglomeraban en él, con sus alas de lienzo, inmóviles y blancas, que adquirían multicolores matices cuando los rayos del sol penetraban a través de las vidrieras polícromas [...]. ¡Qué hermosa estaba la iglesia, iluminada por cien cirios fulgurantes! [...]. Las hermanas que cantaban en el coro tenían las voces dulces como las de los ángeles. Bárbara no se cansaba de escuchar la armonía del órgano, el arrullo de los cánticos, cuyas notas se desenvolvían puras y blancas, como el plumaje de los cisnes en la suavidad de la atmósfera saturada de incienso»; pp. 85-87. *En destierro* (Barcelona, Biblioteca Nueva, SA), la procesión del Corpus: «... y siguiendo el ceremonial, todo el clero salmodiante arrodillóse en las gradas del *reposoir*, mientras el obispo-entre el incienso, las campanillas, las campanas y el canto llano-hacía la señal de la cruz en lo alto del altar con su gran custodia. En aquel instante, todas las tropas de la guarnición presentaron armas, los tambores redoblaron, el clarín desgarró el aire con su grito de oro. [...] Si creyera] tendría la ilusión de la felicidad, los cánticos, las vidrieras, las indulgencias, los brazos de la cruz, el sagrado corazón de la Virgen y el maná de las hostias. ¡Todo eso es lo más hermoso! ¡Cómo envidia a los fieles!», pp. 146-172.

72. Madrid 1920, pp. 125-126.

73. En ésta se expone el Santísimo en la iglesia, no se lleva en el Viático, sino en la procesión del corpus.

74. Incluida en el mismo volumen de *En destierro*, pp. 188-194.

sa: «Hans Cadzand se extasiaba deliciosamente en las ceremonias católicas. Durante las misas mayores y los oficios solemnes, en pascuas, en navidad, oraba como canta un pájaro, y las plegarias ponían perfumes en su boca, como la dulzura de un fruto que se deshace; desgranaba las cuentas de su rosario como si fueran los bombones del bautismo de su alma, del que la Virgen era madrina. ¡Oh, los cánticos del coro! ¡Y el órgano que le hacía vibrar, sollozar, cabecear bajo sus vastos oleajes! [...] ¡Oh, los domingos en la iglesia, y también los sábados en la Congregación, cuando tras la marea viva del órgano llegaba el dulce canal del armonio, donde el alma se deslizaba y resbalaba! Acordes de ondulaciones serenas, bruma de música a ras del teclado que luego ascendía hasta la Virgen.» Ser monaguillo es una ilusión incomparable a cualquier otra: «Sentíase ya feliz imaginándose ya en el coro de la iglesia, con la larga sotana roja y el roquete rizado y adornado de encajes. Necesitaba dos hábitos: uno para los días ordinarios, y otro más rico para los oficios de las grandes fiestas, en las que habría de llevar una muceta de seda y una esclavina purpúrea sobre el lienzo blanco. [...] y al fin] con qué temblor se situó tras el sacerdote, levantando la casulla en el momento de la consagración, y tan emocionado por ese honor de encontrarse tan cerca de Dios que ahora le aprecia no haberle amado antes más que en la ausencia [...]. Profería las respuestas con una voz humilde, uniendo su acento argentino al bajo profundo del oficiante, cual un débil arroyuelo que costeaba el río de la otra voz, mezclándose a ella como un pequeño afluente [...]. ¡Se adelantaba con tanta unción, las manos entrelazadas, a la cabeza del grupo nutrido de los niños de coro que evolucionaban en torno al altar! Formaban corros abigarrados: unos sostenían un cirio, otro una palma, otros, en fin, un incensario, una cruz, un pebetero, los sutiles atributos del ceremonial! Avanzaban, se arrodillaban, se enguirnaldaban en lentas teorías ... Era verdaderamente un coro celeste, una pantomina religiosa cuyos gestos y pasos estaban llenos de significado, una hierática danza sagrada que se dejaba envolver en los vapores azulados del incienso.»

El Señor es un cuento de Clarín que nos vuelve a la parcela anterior, ya que su argumento gira enteramente en torno a un Viático con Extremaunción. El coadjutor de la parroquia encargado de administrarlo venía guardando, aunque con muchos escrúpulos, el secreto interior de fantasear platónicamente en torno a las manos femeninas invisibles que tocaban el piano tras unas cortinas en un piso de la ciudad de provincias, en calma aparente, por donde él pasaba casi a diario. Dándose la coincidencia terrible de que la pianista era la ad-

ministrada: «Entró en una salita pobre, blanqueada, baja de techo. Un altarcico improvisado estaba enfrente, iluminado por cuatro cirios [...]... y se puso a administrar el último sacramento sin preparativos contra la aprensión y el miedo; nada tenía que ver aquello con la muerte, sino con la vida eterna.» Pero a la vuelta, el sacerdote que había tan dignamente oficiado, fue incapaz de seguir sobrellevando una tensión emocional tan intensa como callada, y se desmayó en plena calle: «El *oleum infirmorum* corría lentamente sobre la piedra bruñida. Juan, aterrado, pidió algodones, pidió fuego; se tendió de bruces, empapó el algodón, quemó el líquido vertido, enjugó la piedra lo mejor que pudo [...]. Y una voz honda, muy honda, mientras él trabajaba para evitar toda profanación, frotando la piedra manchada de aceite, le decía en las entrañas: ¿No querías el martirio por amor mío? Ahí le tienes. ¿Qué importa en Asia o aquí mismo? El dolor y yo estamos en todas partes.»

Y ese mar que es la literatura novelística nos deja encontrar una cita muy distinta para terminar. Se trata de uno de los relatos policíacos de Georges Simenon, *Saint-Fiacre*. El crimen incruento⁷⁵, cuyo autor tiene que descubrir el comisario Maigret, se ha cometido en la iglesia de ese pueblo durante una de las misas del día de las Ánimas⁷⁶. En la posada de María Tatin, donde dejó encargado que se le despertara para la primera misa, la posadera le pregunta al hacerlo si va o no a comulgar, a los efectos de servirle o no el desayuno. Llegado el momento, «sólo Maigret dejó de comulgar. Todas las mujeres avanzaron hacia el banco con las manos juntas y el rostro hermético. Las hostias, que parecían ireales, posaban un instante en la mano del sacerdote⁷⁷». El novelista conoce la atmósfera de las viejas iglesias y

75. Tanto, que si el mismo Maigret duda si será necesaria la ceremonia de la reconciliación de la iglesia, más aún vacila en cuanto a la existencia de la relación de casualidad suficiente para inculpar ante la justicia secular al autor. Curiosamente, recordamos un supuesto muy parecido incluido por L. Jiménez de Asúa en sus *Casos de Derecho Penal para uso de los estudiantes*.

76. De no constarnos por otros datos, éste sería bastante para aproximarnos a la cronología del argumento. Tengamos en cuenta que éste se desarrolla en Francia. Y que las tres misas el día 2 de noviembre fueron un privilegio hispano hasta que, durante la Gran Guerra, Benedicto XV, a la vista de tantos muertos, le extendió a la iglesia universal. Simenon estaba entonces entre la infancia y la adolescencia. Curiosamente, al enterarse de esa merced los obispos de Australia, a fines del siglo XIX, por el benedictino español Rosendo Salvado, pidieron y obtuvieron de la Santa Sede la extensión a su país de la misma.

77. Lamentamos no tener a la vista el original. Manejamos la edición de Aguilar (Méjico 1980), con la traducción de José Hesse.

de aquella liturgia: «Al entrar, una vaharada de calor, de luz suave, el olor de los cirios y del incienso [...]. Oía ruido detrás de la puerta, situada a la derecha del altar, y podía adivinar, segundo por segundo, todo lo que sucedía: la sacristía, el monaguillo retrasado; el sacerdote que silenciosamente se ponía la casulla, se enjugaba las manos y se dirigía hacia el altar seguido por el muchacho, que tropezaba con sus vestiduras [...]. *Requiem aeternam, dona eis, Domine*. Maigret hubiera podido todavía dar la réplica al celebrante. Sonrió pensando que, en otro tiempo, prefería las misas de difuntos a las otras, porque en ellas las oraciones son más cortas⁷⁸. [El celebrante era] un joven padre de mirada nística y apasionada, que no se daba prisa como el viejo cura que Maigret había conocido. Tampoco escamolteaba la mitad de los versículos. Primero doblaron todos la rodilla, pues iban a alzar. Tintineó dulcemente la campanilla del monaguillo [...]. *Ite missa est... La misa ha terminado*. Ahora es cuando Maigret se dio cuenta de hasta qué punto había estado angustiado. Dejó escapar un involuntario suspiro. Esperó con impaciencia la terminación del último Evangelio pensando que iba a respirar el aire fresco de la calle, ver moverse a las gentes, oírles hablar de unas cosas y otras. Las viejas se despertaron todas a la vez, arrastrando los pies sobre las frías baldosas azules del templo. Una campesina se dirigió hacia la salida, después otra. El sacristán apareció con su apagavelas, y un hilo de humo blanco reemplazó a la llama de los cirios.» Una vez encontrada la feligresa muerta, y llevado su cuerpo a la sacristía de momento, Simenon sigue evocando aquella atmósfera de sus otros días, la misma que nosotros hemos conocido: «Y miró a su alrededor aquella decoración inmutable que durante treinta años no había sido cambiada ni en un solo detalle. Las vinajeras estaban en el mismo sitio, y la casulla preparada para la misa siguiente, así como la ropa talar del monaguillo.» Los comentarios huelgan.

78. Este detalle es el de un conocedor. En cambio Simenon se distrae cuando habla de volteo de campanas el día de difuntos y coloca el *pater noster* después de la comunión.

